



somo de un
ciudadano
posible

Oscar Roldán-Alzate¹

Director Museo Universitario
Jefe (e) Departamento de Extensión Cultural

¹ Político, crítico y curador de arte.

Preludio

Q

Quizá fue mi espíritu rebelde y altanero el que hizo empatía con el de María Teresa Uribe de Hincapié, la profe. No lo sé. Solo sé que decidí estudiar la maestría en Ciencia Política después de hablar con ella y haber valorado muchas de las posibilidades que me ofrecía la beca que había obtenido al terminar el pregrado en Artes Plásticas. Esta oportunidad debía hacerse efectiva en la misma Universidad, así que emprendí una búsqueda por distintas facultades, y con la claridad de que al pensar en algo distinto buscaba ampliar las posibilidades limitadas que me había dejado mi propia facultad, de la cual egresé sin saber leer ni escribir, y ahora que lo pienso, sin «saber hacer» en el arte. Debo confesar que, de no haber sido por la beca, la cual gané por mi desempeño académico, no me hubiera preguntado siquiera por los programas de posgrado, y a lo mejor hoy sería «más bruto que un pintor», como dijo alguna vez Marcel Duchamp, pero tal vez un pintor a fin de cuentas.

Nadie en sus cabales y sano juicio desprecia algo gratis en este país, pues nos criaron con ese cuento de que «a caballo regalado no se le mira el diente». Luego aprendería que no hay tal cosa que se pueda llamar regalo, pues, aunque fue gratis una parte, la otra la pagué con trabajo duro, de ese que desvela y deja secuelas como la gastritis y la hipoglicemia. La academia es un régimen, uno que ha de asumirse con respeto y compromiso. Es un pacto de sumisión, no precisamente un contrato.

De política no tenía idea. No sabía de pen-

sadores, ni de doctrinas, ni de enfoques ideológicos. Después de haber pasado los exámenes de admisión –pues al margen de haber ganado la beca, debía cursar la misma suerte que los demás interesados, que no eran pocos, pues estamos hablando de una de las maestrías más rigurosas, prestigiosas y apetecidas en el contexto nacional en su clase–, Adriana González, quien era la directora del Instituto de Estudios Políticos para ese entonces, me recomendó tres pensadores (libros) de tres tiempos distintos: Maquiavelo, Rousseau y Bobbio. Los tres primeros nombres que conocí en propiedad y con quienes hablé con la lejanía que permite la lectura, aunque de inmediato sentí enorme empatía. Antes, solo me aproximaba a generalidades de la política, asuntos tan ciertos como míticos. Sabía, por ejemplo, que los liberales eran como los malos del paseo, pues eran los ateos que habían comenzado la vida en el monte muchos años atrás; mientras que los conservadores tenían en la mano a Cristo y, con él, la salvación. Eso me hacía pensar que yo mismo era más bien liberal, por aquello de estar siempre apostándole al débil equipo africano cuando jugaba contra el todopoderoso Alemania en el mundial de fútbol. Pero a todas estas, había llegado a la extensa sombra de los estudios en ciencia política gracias a que mis trabajos en artes se habían ubicado en la línea de tratar de explicar y explicarme ¿por qué la violencia?, ¿qué tenía nuestro entorno que no lográbamos hacer cosas juntos?, ¿cómo y por qué llevábamos tantos años con una paz anhelada?, ¿qué podía hacer yo en mi condición de artista en formación para cambiar las cosas?

Lo que entendí en algún momento de aquel albor fue que debía ampliar mi conciencia sobre las cosas públicas y las relaciones que se daban bajo el poder, para tratar de encontrar alivio en la incomodidad permanente que me generaba una dolorosa angustia de no tener mucha certeza del mañana, y especialmente después de haber dejado la ingeniería para zambullirme en el mundo incierto del arte, que claramente no servía para nada en una sociedad que se mataba sin control.

Por ese año, el 2002, cuando recibí mi grado como Maestro en artes plásticas, y días antes del nacimiento de Elías, mi hijo mayor, estaba realizando una extensa serie de pinturas azules. *24 cuadros 1*, se llama. Era un intento por recrear un segundo de una película macabra. La imagen era constante y se podía animar. De hecho, era la misma pintura, con ciertas variaciones cromáticas, todo el tiempo, con pequeñas correcciones en el emplazamiento de las manchas sobre el plano que representaban el movimiento en un cielo de aviones caza, donde las figuras negras sobre el azul, avanzaban de derecha a izquierda y de abajo a arriba de los marcos. La idea estaba soportada en la mecánica visual que crea la ilusión de movimiento en el cine. En efecto, eran 24 los cuadros de gran formato pintados entre agosto y noviembre de ese año.

En octubre la comuna se prendió; mis preguntas pintadas cobraban vigencia. La 13 se estaba desbaratando entre ráfagas de metralla y delaciones. Otra vez se estaban matando entre ellos. Parientes y amigos que vivían en ese lado de la ciudad debieron salir de allí amedrentados por su fatídico destino. Desde la terraza del apartamento donde vivía y pintaba esos 24 fragmentos de guerra que se amparaban con la famosa «interdicción aérea», podía ver los *black hawk* arremeter contra la montaña; nunca antes había visto la máquina de muerte actuar en vivo y en directo. Un año antes, el día 11 de septiembre, dos aviones habían tumbado «un gran 11» en la capital del mundo, Nueva York. Todos

lo vimos en directo por la tele. Decían que el mundo había cambiado esa mañana, pero no me quedaba muy claro de qué manera. Para mí la cosa seguía tan difícil como siempre, en medio de mi fortuna agridulce, la que contaba con la muerte violenta de dos primos, un tío, muchos amigos y el secuestro de algunos parientes más. A todas estas, yo había decidido que mi vida estaría encaminada por la senda del arte; asunto que me parecía, de alguna manera, una salida fácil, por no decir cómoda, para tan compleja realidad.

El 11 de noviembre de 2002 llegó Elías, y yo estaba listo para tratar de deshojar la margarita y así ver qué tanto de todo era ilusión y qué tanta realidad desde el balcón de la ciencia política, aunque no sabía muy bien qué me esperaba. Un hijo es una responsabilidad que reclama acciones concretas frente al devenir diario.

En menos de un año comenzaría mi paso por las aulas del pensamiento y la ciencia política. Pero ¿quién necesitaba un artista incómodo en el salón de clase? El tiempo me daría razones para dejar a un lado la pintura y el hacer del arte y dedicarme con más juicio al entendimiento de la realidad, ejercicio que nunca se ha alejado de los estudios estéticos y culturales. En mucho de esto tenía que ver la mujer que amablemente me dijo: «Lo necesitamos aquí, con nosotros», ella fue María Teresa, la profe. A lo mejor no era a mí, era al arte a lo que se estaba refiriendo ella, con su mirada atenta sobre los dibujos que había hecho al tratar de explicar por qué razón yo quería estudiar una maestría para entender por qué los seres humanos no nos escuchamos, somos mezquinos y privilegiamos siempre nuestros intereses propios. Yo creo que le hablé de mí.

María Teresa es un nombre especial que me acompaña. Ya María Teresa Cano, la maestra escultora y sobrina nieta de María Cano, me había iluminado parte del camino en la creación y el arte, ahora era Uribe de Hincapié con quien seguía el rumbo.

Ágora

La cita comenzaba temprano, por lo general un poco antes, incluso, de iniciar la cátedra. Un ritual matutino anticipaba la charla. Debía alguno de nosotros, los alumnos, llevarle un tinto de greca a la profe. Bueno, no era una norma a priori, ni mucho menos un pacto, no se trataba de un deber ciudadano nuestro, ni un derecho de ella. Lo entendimos rápidamente y como deferencia a una mujer mayor, una maestra impoluta que alumbraba con su presencia. El ritual tomó sentido al pasar los días. Para mí era un honor correr por el tinto, el mismo que ella bebía con placer, como si se tratara de un exquisito lungo italiano, dejando tan solo un poco en el asiento con cierto pesar para apaciguar el fuego de sus chicharras. Al final de las dos horas de clase, el recipiente de plástico café terminaba repleto de colillas de cigarrillo. Nosotros de preguntas. Las mías, al menos, nublaban de grises mi entendimiento y se cruzaban en la mente con pinturas, cuentos y poesías. A diferencia de los demás, que en su mayoría provienen de las ciencias sociales y humanas, el derecho o la economía, yo no tenía en verdad nada que hacer allí, en especial si lo analizamos desde una lógica contemporánea de la especialización del saber, esa desde donde habla el desarrollo. Eso era lo mejor.

Mi clase preferida, sin duda alguna, era el seminario Nación, Ciudadanía y Soberanía, que nos dictaba María Teresa. Ella tenía un libro con el mismo nombre. Lo leí. Allí pude leer pasajes que en pinturas habían narrado otros. Entre ceja y ceja se me metió la Liber-

tad guiando al pueblo, una pintura romántica de grandes dimensiones pintada por el francés Eugèn Delacroix, quien, para escenificar las revueltas de 1830 en contra de Carlos X, último rey Borbón –por pretender restringir la libertad de prensa y después de haber suprimido al parlamento–, propuso a una mujer, una semidiosa, que con el pabellón francés en su mano derecha corre a nuestro encuentro. Sus senos descubiertos en el fragor de la lucha hablan de la sensualidad de la sedición. La heroína, sorteando la muerte rastrera en las calles de una ciudad que se ha construido a golpe de barricadas y cañones, representa la perentoria necesidad de ir en contra de la opresión y luchar contra la desidia del poder despótico. Esa pieza memorable que se encuentra en el Museo de Louvre, en virtud de su poder narrativo, se volvió motivo de discusión para acompasar la discusión sobre el contrato o pacto social, la validez de la revuelta y la revolución en tiempos de inconformidad. Hoy, que conozco a Spinoza, la veo como una diosa que se llama naturaleza.

Con el tiempo lograría examinar directamente el gigantesco óleo, sin mediación de la tinta sobre el papel, como hemos tenido que ver casi todo el arte y su historia aquí, en nuestro continente, alejado de la historia central y, por tanto, añorando lo que no se nos ha perdido ni tampoco ha sido nuestro, nunca. En la medida en que avanzaba la clase, yo, que pensaba imágenes y no conceptos como mis congéneres, dibujaba en la bitácora ideas para luego hacer lo propio en bastidores.

El 2003 fue un año complejo. La Universidad estaba cumpliendo 200 años gracias a la

investigación que había coordinado la profe, en la que se empataron cabos hasta llegar a la Real Cédula otorgada por Carlos IV, rey de España. Una determinación ajena nos había dado la autonomía. Esta, la universidad pública más antigua de Colombia, es en su origen una Universidad Real, ¡qué ironía! Aquí se graduó el presidente que en ese año estaba a bordo de la Casa de Nariño, un personaje pasional, cuestionado y siempre notable. Desde 1995 el país estaba atravesando una de sus mayores crisis en la historia moderna. Yo, desde el arte, buscaba entender y dar a entender cosas que los creadores mostraban sin tapujos y con gran agudeza poética.

¿J. J. Rousseau o T. Hobbes? Esta pregunta está siempre latente en la mente de quienes nos acercamos a la cuestión moral de los seres que, con razón o sin ella, actúan en comunidad. Uno con su idea perfectible del hombre; el otro con su descarnada y antisocial alternativa de guerra permanente, de miedo y sumisión. «El hombre es bueno, la sociedad es la mala» dijo el francés, mientras que el sajón diría que sin distinguo «el hombre es lobo para el hombre». Dos posiciones aún posibles para una humanidad que goza de arar en el desierto, mientras cree que los recursos son infinitos, que no existe tal calentamiento global, ni guerra en esta tierra triste llamada Colombia.

Un buen día, al vernos la cara de espanto, mientras silentes seguíamos su arrulladora y dura palabra, quebró su cátedra y nos dijo: «No se preocupen, sé que lo que llevamos muestra esta historia muy cruenta y dura, lo que tienen que hacer es ocuparse, pues en la crisis es donde están las oportunidades». Hizo alusión a nuestro estado de temor, de desconsuelo e impotencia y señaló que los momentos más fulgurantes para la humanidad habían sido cuando se había estado frente al barranco incierto de la historia. Hizo que nos sintiéramos afortunados de estar en el momento presente. La arremetida prosiguió.

Escuchar a María Teresa fue una fortuna.

Su voz ronca y quebradiza llenaba el espacio de humo y sabiduría. Siempre el ejemplo de la literatura, del cine o de la música hacía su aparición para dejar claro que si algo nos debía salvar era la ironía y el arte; la creación y nuestra capacidad de hacer comedia de la tragedia, de ese teatro macabro que significaba la dramaturgia de una realidad extraviada. Mis intereses se agudizaron y comencé a pensar que haber hecho arte no había sido en vano y que mi tiempo había estado bien empleado.

Con esta idea, desenfocué (literalmente) la *Libertad guiando al pueblo*, esa que para mí era la representación de la lucha que tras Rousseau se podía solventar. Era una pintura de formato medio, con aerógrafo y barniz. Al final, le sobrepuse en laminilla de oro, un dibujo de la bestia marina que el libro de Job presenta en las Sagradas Escrituras, el mismo que Hobbes retoma para hablar del Estado: un cuerpo que se compone de muchos otros, de todos los que integran la geografía humana de un pueblo auto-determinado y soberano. En la escena, la heroína, desvanecida, parece pisar a la bestia, que a su vez se arrastra por el suelo entre la sangre opaca. Mis ensayos escritos venían acompañados de algunos otros pictóricos. Estaba traduciendo el sentido a mi formato más cómodo y usual. Esto sí que le gustaba a la profe. Empero, debía hacer la tarea de poner por escrito mis reflexiones.

Nación

Según Francesco Rossolillo, «es normalmente concebida [la Nación] como un grupo de hombres [grupo humano] unidos por un vínculo natural y por lo tanto eterno, y que, en razón de este vínculo, constituye la base necesaria para la organización del poder político en la forma de Estado Nación».

En esa clase entendí que mi nación estaba extraviada, pues mi naturaleza, arraigada en la vida campesina, arriera y panelera, distaba de los quereres de la gente a mi alrededor. Y no es que tuviéramos que ser iguales,

pero tampoco tan distintos como para no tener algo diferente a la guerra que nos diera unidad, identidad.

Comprendí con claridad que si no se sabe de dónde se viene, muy difícil es saber hacia dónde se va y, por tanto, el presente siempre será un eterno errar y errar como el terco mar que golpea fuerte el acantilado. Comencé, entonces, paulatinamente, a dar explicación a las preguntas que me tenían ahí sentado. La nación es relativa al nacer, descubrí con cierta preocupación. Y esta, claramente, tiene su sustento en la cultura, es decir, en las formas como un pueblo actúa frente a la contingencia, como celebra sus fiestas, en qué cree, quiénes son sus amigos, y más importante aún, sus enemigos. ¿Cuál es el papel de la educación para sus niños y jóvenes?, ¿quién la administra?, ¿la iglesia? ¿Se puede hablar de educación para la vida desde un Estado como el colombiano? Y los mayores: ¿cómo se comportan frente a la ley?, ¿a su dios?, ¿a su prójimo? La educación es sinónimo de nueva salud para un pueblo.

Estado y nación, dos partes del mismo ente, que en el caso de Colombia debería conjugarse distinto: Estado y naciones. Pues si de algo sirvió la hermosa prosa de la Constitución de 1991, fue para aclarar que no somos un país convencional, que somos muchas naciones juntas en un territorio limitado. Y, de paso, advirtió que nos debemos reconocer las unas a las otras, respetar nuestro credo, formas de hacer y proceder, eso sí, pero dentro de una normativa moral definida. ¡Ay Dios!.. ¿si esto se cumpliera? Seguramente no habría otra nación de naciones como la que está ahí

escrita: más cercana en la prosa constituyente a la isla de Moro que a un país bananero.

Lejos seguimos de los nacionalismos que, efervescentes, causaron estragos en la Europa de primera mitad de siglo XX, esa que se convulsionó al vaivén del proyecto moderno.

Ciudadanía

El Estado moderno se define por el ejercicio de la ciudadanía, en el que el pueblo (*demos*) ostenta el poder (*cracia*). La ciudadanía universal es realmente reciente en Colombia. Es increíble que María Teresa o cualquier otra mujer solo hubiera podido votar desde 1957, cuando, en diciembre de ese año, el plebiscito preguntaba al pueblo sobre el nacimiento del Frente Nacional. La igualdad frente a la ley solo terminó de ser posible el 21 de mayo de 1851, cuando finalmente se decretó la libertad de los esclavos. Si seguimos hacia atrás, más lejana resulta ser la coincidencia de que Colombia sea una de las repúblicas modernas más antiguas sobre la faz del globo.

¿Cuál es nuestro modelo de ciudadano? La profe hablaba, sin mayor compromiso, debo aclarar, después de pasar por el modelo republicano, el liberal y multicultural, de un ciudadano posible. Uno que es el que nos queda por descartar después de separar los intereses particulares de las élites que han mantenido el poder por más de 200 años en este territorio. Ese que resulta de la amalgama de dolores y procesos reivindicatorios. Los hijos de una memoria convulsa, que son todos distintos entre sí y unidos por una fibra dolorosa. Ese ciudadano posible se me antojaba sumamente creativo. Pensé que su experticia

era lidiar con la escasez. Transformar la dificultad en oportunidad era su mayor poder. Un ciudadano contingente. Un ser que va y vuelve al grupo para aportar y crecer, para formar la multitud, que en palabras de Toni Negri, replicando a Spinoza, «no es otra cosa que una rica suma de singularidades».

Hace poco más de 500 años, Tomás Moro –santo patrono de los políticos y gobernantes–, en un manuscrito que va y vuelve entre filosofía moral y literatura, acuñó el concepto que hoy usamos para designar un mundo idealizado, donde la perfección no solo es posible, sino que resulta ser la realidad: Utopía (Moro, 1517). *Libellus vere aureus, nec minus salutaris quam festivus, de optimo reipublicae statu, deque nova insula Vtopiae*², fue el título descriptivo que el británico dio a esta obra que retrata una isla donde las cosas parecen ir tan bien, que la fuerza de la tradición despótica no llega, ni llegará.

El ciudadano posible, ese que se dejaba ver tras los visillos entreabiertos de su cuaderno de notas, manuscritos, donde la profe cuidadosamente preparaba sus clases, es utópico por naturaleza, y gracias a eso cada día ejerce la ciudadanía y actualiza al Estado. Utopía es una obra que debo citar, pues más allá de ser el planteamiento inicial para las formas de gobierno socialistas, acude al relato fantástico, a la literatura, para poder decir cosas fuertes y sensatas como, por ejemplo, que el territorio no puede ser para las vacas, debe ser para la gente.

Soberanía

Un ciudadano, en una nación-Estado contemporánea, es dueño parcial de su soberanía. La idea hobbesiana de contrato social, que privilegió el monopolio imperial, hace poco eco frente a las libertades logradas por la socie-

² En español: «Librillo verdaderamente dorado, no menos beneficioso que entretenido, sobre el mejor estado de una república y sobre la nueva isla de Utopía».

dad en los últimos 250 años. La soberanía y la libertad son tan similares que se tiende a confundirlas y chocan en su ejercicio. Según Spinoza, la idea de soberanía se debía mantener en tercera persona –sea esta un monarca o una asamblea (asunto que privilegió, pues su monismo era de corte revolucionario y por tanto democrático)–, sí y solo sí, ese convenio tácito, garantizaba mi seguridad y libertad. El convenio duraba lo que debía durar. A diferencia de la idea de Hobbes que propugnaba por un contrato perenne.

¿Qué forma tiene la libertad? Aprendí con la profe que no hay nada más esclavizante que la libertad. La creación nos hace libres. El arte es por antonomasia libertad. Ese ciudadano que esgrimía ella, el ciudadano posible, era a mi modo de saber y entender el mismo que Joseph Beuys había dicho que era artista. Todo ser es artista, diría el germano.

Los artistas, desde tiempos inmemorables, han sido los responsables de representar la tragedia. Han hecho ver el camino errado. Han servido de apoyo con su mofa a los monarcas para caer en cuenta de sus debilidades. El artista de la corte detenta su soberanía, su libertad creativa.

Para Nelson Goodman el arte es el poder que nos asiste para crear el mundo que merecemos. Una mujer como Débora Arango claramente fue una inconforme. Una creadora que no reparó en tratar de avizorar cosas que no querían ver los demás. Representó la desigualdad social; puso la lupa sobre la marginalidad del desplazado; atisbó a la mujer desamparada que buscó refugio en la prostitución; supo ver al diferente en una sociedad que no tolera al otro, al distinto. Visualizó a los negros en el transporte público. Señaló la tragedia de un país que se desbarata una y otra vez sobre sus bases endebladas y sus voluntades traviesas.

Y al final...

Sin falta, al terminar la clase comenzaba otra más. Otro café de greca. El círculo llegó a ser

tan grande que la mesa se veía pequeña en el centro de aquellas reuniones entre iguales. La profe se bajaba del estrado catedrático para hablar de tú a tú con nuestra conciencia ciudadana.

Su idea de la cultura era superlativa. Un día, mientras hablábamos de arte, específicamente de cine, pues su hija Martha, a quien muchas veces se refería en ese espacio, es una gran realizadora; me confesó que hubiera querido ser escritora de ficción. Literata. Con mucha firmeza me miró y dijo: «A veces para decir las cosas es necesaria la metáfora, la poética de la creatividad que ustedes los artistas saben llevar muy bien».

No hace mucho vi un video grabado en 2018; en él aparece esta gran mujer –pues en medio de todo, la profe, gozó de una inmensa fortuna y admirable virtud, como diría Maquiavelo para referir a la gente notable–. El grupo de investigación Hacemos Memoria logró una última y brillante entrevista con María Teresa. Al cierre, y refiriéndose al proceso que hoy nos asiste –en el que creo firmemente y el cual defiendo con convicción, pues busca llevarnos un poco más cerca de la instancia de Nación–, dijo, con relación a la posible sombra de la derecha y sus intenciones de arremeter contra los acuerdos: «No le debemos tener miedo a eso. No le debemos tener miedo, porque si defendemos el proceso tiene que ser de capa y sombrero; tiene que ser desde la cabeza hasta los pies, sino, no echamos más carreta, pues es que ya hemos echado mucha, y no tiene mucho sentido eso».

Yo, que creo profundamente, soy el resultado de esta realidad, me declaro un ciudadano posible.